



UNIVERSIDAD BÍBLICA
LATINOAMERICANA
PENSAR • CREAR • ACTUAR

BACHILLERATO EN CIENCIAS TEOLÓGICAS
BACHILLERATO EN CIENCIAS BÍBLICAS

LECTURA SESIÓN 14

CTX 102 INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA

Martuccelli, Danilo. “Sociología y postura crítica”. En *¿Para qué sirve la sociología?*, dirigido por Lahire Bernard, traducido por Victor Goldstein, 157-173. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

Reproducido con fines educativos únicamente, según el Decreto 37417-JP del 2008 con fecha del 1 de noviembre del 2012 y publicado en La Gaceta el 4 de febrero del 2013, en el que se agrega el Art 35-Bis a la Ley de Derechos de Autor y Derechos Conexos, No. 6683.

7. Sociología y postura crítica

*por Danilo Martuccelli**

El conocimiento sociológico aporta un valor agregado a la acción social. Esta convicción se traduce en dos posturas intelectuales que dan lugar en estado puro a dos tipos de saberes, la experticia o la crítica. Pero si la mayoría de los estudios sociológicos pretenden articularlos armoniosamente, por fuerza habrá de comprobarse que a menudo sus relaciones son más tumultuosas. Llegado el momento, una y otra no definen tanto intereses de conocimiento diversos [Habermas, 1976] como el estar llamadas a convertirse, alternativamente, en la corrección inevitable de la otra.

Como lo atestigua la articulación de su desarrollo institucional con las necesidades de las administraciones públicas, el conocimiento sociológico participa en la expansión de las capacidades de dominio del mundo social. Incluso para algunos, la sociología sería una pieza maestra del proceso de modernización, a tal punto los conocimientos que produce son una poderosa palanca de la racionalización. Pero esta supuesta potencia de intervención termina por engendrar cíclicamente una inquietud en cuanto al estado de salud crítico de la disciplina. Del mismo modo, cíclicamente, la corrección saludable siempre es un poco más o menos la misma: para recuperar su equilibrio, la sociología sólo debería abrevarse en sus fundamentos disciplinarios, en los debates políticos, volver a sus raíces profundas del lado de las movilizaciones colectivas, para tomar distancia con su reducción a un mero papel de ingeniería social.

* Encargado de investigaciones en el CNRS, miembro del CADIS (CNRS), agregado en la Universidad de Lila-3.

Para la actitud crítica, a diferencia del caso precedente, el sociólogo es aquel que recuerda la “realidad” contra las ensoñaciones de los actores, pero también aquel que malogra las supuestas “realidades” ideológicas de la dominación ilustrando sus desfallecimientos y sus contradicciones. De este modo, los sociólogos se autoconceden un certificado de *satisfacción* profesional de vigor crítico, aunque más no sea porque confrontan los discursos más autosatisfechos de una sociedad con las vivencias desencantadas de los actores. Antaño acusada y desterrada del campo revolucionario por “ciencia burguesa”, la sociología lentamente se autoinviestió, con una gran complacencia profesional, como la disciplina crítica por excelencia. Pero una vez más, tarde o temprano, y contra los extravíos de los militantes, se obligó a recordar la pertinencia y la necesidad de los datos científicos, la legitimidad del análisis desapasionado y riguroso de la vida social. Esta corrección resulta necesaria porque la voluntad crítica corre el riesgo de cegar al investigador con *diktats* partidarios, encerrándolo en obsesiones personales o compromisos morales que nunca son abiertamente aceptados ni discutidos como tales.

Entonces, la salud de la sociología no sería más que un asunto de equidistancia entre esos dos escollos, porque la experticia sin crítica no tiene alma, y la crítica sin experticia carece de carne. Las dificultades, incluso reconocidas, son no obstante minimizadas y concebidas a lo sumo como un desvío superficial, corregible en cuanto a lo esencial con ayuda de un movimiento pendular que va de la experticia a la crítica, y *viceversa*. En consecuencia, siempre son captadas como tensiones que de ningún modo cuestionan la legitimidad del lazo entre el conocimiento sociológico y la acción social.

Por desgracia, no todo es tan sencillo. Si no viene mucho a cuento desdeñar radicalmente el valor del saber sociológico, a tal punto los conocimientos —en cuanto experto— adquiridos por cualquier sociólogo y las solicitudes de que es objeto reducen su alcance, en cambio la utilidad o la pertinencia prácticas de los conocimientos sociológicos a menudo distan mucho de ser evidentes. La multiplicación de evaluaciones de resultados diversos, hasta contradictorios, el *aggiornamento* constante de categorías más o menos operativas, los evidentes errores inducidos por la transposición abusiva de los resultados, la proliferación de resultados de investigaciones sin nin-

guna consecuencia analítica, etc., la lista de los problemas es muy larga. En otras palabras, incluso antes de extraviarse en la crítica de los prejuicios de una especialización sin alma, habría que asegurarse ante todo acerca de la verdadera naturaleza de las competencias de los expertos.

Pero lo que aquí nos ocupará es la otra postura. La que postula que la sociología, autoinvestida actitud crítica por excelencia, supuestamente debe aportar un valor agregado a la acción. También aquí, incluso antes de enfocar la corrección de sus excesos, mejor sería examinar más de cerca la realidad de sus virtudes.

Complicación

Las virtudes de la postura crítica son una de las verdades mejor compartidas por los sociólogos. Y para ponerla en práctica es constantemente necesario que la sociología logre contener los desvíos de la crítica por la fuerza de la verdad científica, desconfiando de toda representación inadecuada de la realidad. Por cierto, pocos sociólogos siguen concibiendo el mundo social como estructurado por una tensión entre las ilusiones y las bases reales de la existencia, una suerte de concepción de dos caras de la realidad. Pero en la mayoría de los casos, siempre es del conocimiento científico de los hechos, y del develamiento de lo real que garantiza, de donde supuestamente fluye, armoniosamente, la verdadera crítica de la sociedad. Y de todas maneras, para esa perspectiva, un sociólogo no puede no enfrentarse con la cara oscura de una sociedad, con sus mentiras y opacidades, a tal punto sus trabajos registran desvíos asombrosos entre los discursos oficiales y las realidades sociales. ¿Cómo podría entonces la sociología, en su misma actitud, no ser crítica? En consecuencia, hasta sería la hermana gemela de la crítica.

Sin embargo, sociología y postura crítica no se confunden. El pensamiento crítico no puede alimentarse en exclusiva de los resultados de las investigaciones. En este sentido, la buena sociología jamás garantizó la exactitud de una toma de posición crítica. Y a la inversa, la

exactitud de una postura crítica a menudo puede oponerse a las exigencias de una actitud sociológica.

De hecho, existe una serie de tensiones estructurales entre la sociología y algunas dimensiones, acaso las mejores, de la crítica social. En la primera, la verosimilitud del conocimiento producido, así como la fidelidad a la realidad, son de rigor, mientras que, en la segunda, las adhesiones morales y las iras personales son centrales. La sociología sólo existe cuando permite captar mejor la realidad, mientras que la crítica, con mucha frecuencia, supone la evocación de otro mundo. La sociología está obsesionada por la realidad, y de ninguna manera puede tomar distancia a su respecto; la crítica, a la inversa, tarde o temprano, frente a ella, debe tomarse libertades intelectuales. Si la sociología necesita cierta concepción de la verdad es porque se mide y se confronta con la realidad, mientras que los méritos de la crítica como palanca de la acción están más fundados en su fuerza de persuasión, en sus capacidades para convencer, en la indignación moral que suscita, en ocasiones a despecho incluso de la inverosimilitud relativa de los hechos expresados. La postura crítica se apoya en solapados pero siempre importantes distanciamientos con la realidad. Mucho más de lo que se cree, se encuentra bajo el dominio de elementos subjetivos, de reacciones morales que introducen una voluntad de modificación de lo real, aunque retóricamente siempre se presente como una respuesta a una situación determinada y a las posibilidades virtuales que encubre.

Decir entonces que la sociología en cuanto ciencia contribuye a una obra de claridad, y que una vez escogidas las perspectivas morales está obligada a rigurosas exigencias científicas comunes a un cuerpo profesional, es en este punto una posición muy atinada, pero insuficiente [Weber, 1965]. La tensión intelectual entre el trabajo sociológico y la postura crítica, más todavía que la relación entre la ficción novelesca y la realidad social, es un verdadero asunto de contrabando [Vargas Llosa, 1996]. Llegado el momento, en efecto se trata de hacer pasar, sin resguardos, una voluntad por una verdad. En su forma consumada, lo que la postura crítica agrega al mundo supera de manera inconmensurable lo que se extraía de él con ayuda de los estudios sociológicos. Y la paradoja es que en ocasiones las imágenes críticas así construidas impactan el entendi-

miento de otros lectores, transformándose entonces, verdaderamente, en formas de “conocimiento” de lo real. El misterio y la mistificación de toda postura crítica es que en el mismo momento en que supuestamente describe la realidad, de hecho está recreándola, en ocasiones inventándola. Precisamente por eso cuando se mira de cerca, rara vez las posturas críticas dan verdaderamente cuenta del mundo. A menudo, excesivas o aproximativas, más figurativas que demostrativas, no dejan por ello de tener una increíble fuerza de enunciación y evocación. Puede cuestionarse la legitimidad de la realidad económica de la plusvalía, pero difícilmente se pueda hacer a un lado la evocación carnal que transmitió de la explotación. Después de todo, la obra probablemente más profunda de crítica que las ciencias humanas produjeron en el siglo xx, la de M. Foucault, es a menudo juzgada sociológicamente de una increíble inverosimilitud. Y sin embargo, sus obsesiones personales, como pocas otras representaciones –claro que ciertamente más en los medios intelectuales– terminaron por convertirse en fórmulas cotidianas de nuestra percepción de la realidad.

Es difícil entonces no formular el interrogante: ¿por qué el trabajo y los sondeos sociológicos, a despecho de su verosimilitud, no logran impactar las imaginaciones de manera tan fuerte y duradera como las obras críticas, que sin embargo son, si no falsas manifiestamente, en todo caso más bien inverosímiles? ¿Cómo es posible, por ejemplo, que el establecimiento de una causalidad inmediata entre los prejuicios raciales en lo cotidiano y el exterminio de una minoría, o incluso la comparación entre el principio identitario del pensamiento humano y el Holocausto, a despecho de su inverosimilitud social e histórica, se hayan impuesto?

Es posible que una parte de la explicación radique en la escritura. El trabajo sociológico, más allá de la diversidad de los métodos, se presenta siempre como interpretando la realidad a partir de los discursos suministrados por los propios actores, cualquiera que sea, por lo demás, el grado de distancia que el sociólogo adopte luego respecto de esas representaciones. Esta perspectiva, empero, casi inevitablemente conduce a la sociología a redactar sus libros en la mejor tradición del narrador omnisciente de las grandes novelas del siglo xix [Cohn, 1981]. La intriga, presentada con una gran ingenuidad narrativa, siem-

pre ocurre en dos niveles diferentes: por un lado, las peripecias “no-velescas” de los actores, y, por el otro, y de tanto en tanto, la mirada omnisciente del escritor-sociólogo que emerge tras las líneas y los acontecimientos presentados, con mayor o menor discreción, para recordar al lector que él sigue siendo el dueño de la composición final. En la novela del siglo XIX se adoptaba la forma de las intervenciones “exteriores a la ficción” del narrador. En la sociología, las más de las veces se adopta la forma de una gravosa discusión sobre las diversas perspectivas de interpretación posibles u opuestas.

Hagamos a un lado aquí el hecho de saber si esa distancia es o no una prenda de plausibilidad científica del discurso sociológico, allí donde el individuo objetivado por determinaciones objetivas sería incapaz, entregado a sí mismo, de acceder a sus propias objetivaciones. Más importantes para nuestra reflexión actual son las consecuencias directas que se deben extraer de la estructura narrativa en movimiento. La exterioridad de la mirada sociológica conduce a un divorcio bastante grande entre los diferentes niveles, donde, llegado el momento, la razón última de una situación está ubicada fuera de toda posibilidad ordinaria de acción. Bien mirado, el relato sociológico no argumenta tanto a través de sus partes y subpartes como ilustra una actitud a través de los fragmentos transformados en secuencias. De hecho, el principio mayor de argumentación sociológica puesto en práctica se asemeja al de los reportajes televisados durante los siniestros: los actores del drama, los bomberos y los socorristas, y más tarde, más lejos, los responsables políticos. Ésta es la tríada de los papeles, en el fondo rara vez perturbada, de los relatos sociológicos: el malestar y la desorientación de los actores, los estados de ánimo del personal estatal colocado en el frente; por último, la mirada objetiva y objetivante del sociólogo.

A la inversa, la postura crítica en sus mejores momentos recurre a otros tres recursos narrativos. Ante todo, y en una relación estrecha con el modo de argumentación que se pone en marcha en el relato cinematográfico, utiliza imágenes que, paradójicamente, van a aclarar tanto mejor lo real en la medida en que en un primer momento se alejan ostensiblemente. Desde Rousseau hasta Foucault, pasando por Marx, Lévi-Strauss y la Escuela de Frankfurt, los ejemplos son abundantes. Por eso mismo la postura crítica se pone inmediate-

te a cubierto de observaciones atinadas que señalan sus límites o sus exageraciones. Luego, su poder de persuasión pasa evidentemente por el uso de fórmulas más o menos literarias que se dirigen a la emoción y al sentimiento de injusticia de los lectores. Aquí la crítica es más bien moral, y en la actualidad, a despecho de todos sus extravíos políticos, fue lo esencial de la actitud sartreana y de la terrorífica belleza de más de una fórmula cuyo secreto conservó para siempre consigo. Por último, existe una crítica que se ubica en el límite de las ciencias humanas porque, con más honestidad que las dos precedentes, acepta que es una forma de extrapolación imaginaria, y que por otra parte muy a menudo se presenta literariamente como una obra de ficción distópica. Evidentemente pensamos en Kafka, Orwell y Huxley, pero también, y más cerca de nosotros, aunque la frontera ya es más porosa, en McLuhan, Debord y Baudrillard.

A despecho de sus evidentes limitaciones sociológicas, estas estrategias críticas hablan en ocasiones más que los laboriosos estudios de la sociología. Por cierto, no de la misma manera ni con los mismos efectos. Pero eso no impide que el poder de evocación de la postura crítica a veces sea casi inversamente proporcional a su grado de verosimilitud sociológica. En cambio, el estudio sociológico, si logra restituir fielmente una situación social, casi inmediatamente ve cómo se agota su actitud crítica en lo que a lo sumo no es más que una denuncia de los sufrimientos o las oportunidades desigualmente repartidas. De este modo, los sociólogos no pueden dejar de criticar fuertemente las posturas críticas, que, con justa razón, consideran exageradas y a menudo muy simplemente falsas; mientras que los partidarios de las posturas críticas no pueden dejar de tildar de conformismo a una disciplina cuyo criterio de verdad científica limita la imaginación crítica.

Límites

El reconocimiento de una tensión estructural entre el conocimiento sociológico y la postura crítica debe llevarnos a una revisión de sus respectivos lazos con la acción social. E incluso si el problema no se li-

mita de ningún modo a la tradición marxista, es en sus diversas filiaciones, reconocidas o no, donde la sociología conoció las expresiones más ambiciosas de este proyecto. El problema central no es otro que el del pasaje de lo informe social y cultural al orden político y a la disciplina moral. Esta perspectiva es inseparable de la convicción íntima de que es preciso arrancar a los hombres del estado brumoso o de la impureza en los que se encuentran para llevarlos a un nivel más alto de conciencia y libertad. El combate revolucionario no era otra cosa que la capacidad de oponer a la disciplina burguesa, mecánica y autoritaria, una contradisciplina proletaria autónoma y espontánea. Desde entonces, las variantes fueron muy diversas, pero siempre, de una manera o de otra, se trató de escapar al dominio de una concepción dominante del mundo, rutinaria, familiar, logrando forjar una visión alternativa consciente. En la medida en que los individuos están sumidos en las evidencias de una concepción del mundo que no cuestionan, se ven obligados a pensar de manera dispersa y ocasional. A la inversa, gracias al saber, los individuos supuestamente son capaces de cuestionar sus situaciones de vida, salir de un estado no reflexivo o rutinario, y lograr alzarse a una concepción del mundo reflexiva y coherente. Gracias a ese trabajo, el individuo debe así convertirse en un "protagonista", ayer de la historia, hoy más modestamente de su propia vida. En resumen: en esta perspectiva, el conocimiento crítico siempre, supuestamente, informa de manera más o menos inmediata acerca de la acción. Pero ¿siempre ocurre eso? Un exceso de conocimiento ¿lleva necesariamente a un exceso de acción, aun de liberación?

Las sendas de pasaje de la ignorancia al saber, y de éste a la acción, a través de la crítica, son mucho más complejas que lo que un relato ampliamente ecuménico deja entender. Por cierto, una parte de la sociología se esforzó por distinguir entre diversos tipos de resistencias u obstáculos según se tratara de la falsa conciencia, de la mala fe, de la ignorancia, del error, del cinismo, de la conciencia desgarrada. Indudablemente, una vez más, la sociología no dejó de cuestionar el lazo entre los marcos de interpretación y las oportunidades de acción, como desde hace décadas lo hacen los teóricos de la movilización de recursos.

Y sin embargo, estas actitudes a menudo dejan fuera de la problemática las dimensiones propiamente morales. Pero es en este

sentido como se debe interrogar el lazo de desgaste localizable entre la postura crítica y una suerte de fatiga de la opinión pública, frente a cierto discurso de la denuncia. Sartre vivió a lo largo de toda su vida con la ilusión de que bastaba denunciar el escándalo de la opresión para lograr, aunque fuera un poco, restablecer el sentido de la verdad. Nuestra situación actual obliga a reconocer los límites de esta actitud. En este sentido, el deslizamiento de algunos intelectuales, más allá de los narcisismos individuales, en ocasiones traduce una verdadera desesperación. ¿Qué hacer cuando no basta ya con escribir para “intervenir” en los acontecimientos? ¿Qué hacer cuando la denuncia –a despecho de su vigor como tema de la crítica de lo cotidiano– no atrae, o lo hace de una manera extrañamente selectiva, la atención pública? Por supuesto, ningún sociólogo es ingenuo al punto de pensar que la publicación de sus investigaciones podría conducir a un cambio social, que basta con conocer o descubrir las desigualdades para que sean corregidas. Pero hay que extraer todas las consecuencias del hecho de que ya no estamos en un mundo donde la ignorancia de los hechos todavía podía hacer las veces, para algunos, de excusa moral. Y tampoco se trata ya de decir que la gente no quería entender o no quería saber, como a veces pudo ocurrir a propósito de la experiencia de los campos de concentración. Hay que rendirse a la evidencia de que de ahora en más la opinión pública las más de las veces está informada, y que permanece indiferente.

La denuncia se extendió como metástasis durante el siglo XX. Con razón, acompañó la expansión del poder totalitario, así como la politización de campos hasta entonces a resguardo de la mirada crítica, pero, de ese modo, terminó por socavar en el fondo sus propias bases. Para emplear una expresión de Simmel, estamos aburridos de la denuncia. Por cierto, hay escenas que nos siguen impactando, y las violencias políticas denunciadas o mostradas por los periodistas tienen todavía un papel de catalizador, a menudo de una empatía moral, en ocasiones de una toma de conciencia, más raramente de un bosquejo de acción. Pero lentamente se extiende una abulia, un estado de ánimo colectivo que hace que nuestra capacidad de indignación moral frente a las injusticias se debilite considerablemente [Tester, 1997].

Gracias en parte a los progresos de las ciencias sociales, la opinión tolera menos hoy en día el dominio de los discursos desconectados de los hechos sociales. Desde este punto de vista pueden observarse transformaciones bien reales, aunque más no fuera porque los conocimientos sociológicos informan con mayor abundancia los discursos de los actores. Y sin embargo, cómo no ser sensibles al hecho de que el aumento de la reflexividad de los actores sociales sobre ellos mismos se incrementa más rápidamente que sus capacidades de acción. Llegado el momento incluso, y en figuras por el momento extremas y más bien raras, hasta resueltamente patológicas, el conocimiento se convierte en un sucedáneo de la acción, una explicación de su debilidad y a la vez una excusa del desprendimiento del actor. O incluso, y para los actores más instruidos, opera como una formidable palanca de neutralización crítica porque el actor “conoce” la objeción, y hasta se cuida mucho de extraer de ello una conclusión práctica cualquiera.

El saber social es, en parte, responsable de esta situación. Acaso, vivimos más que en el pasado con una conciencia acrecentada de los abusos, de las injusticias, los horrores, pero sobre todo vivimos en medio de una inteligencia creciente de las interdependencias de los fenómenos sociales. Y es en este sentido como la sociología, a menudo de manera involuntaria, participó en el cuestionamiento de los valores de la denuncia. Si ya casi no nos impacta, no es solamente porque habría una suerte de relajamiento moral generalizado, del que se quejan los conservadores desde siempre, o una simple abulia, sino también porque lentamente, con la extensión de cierto tipo de conocimiento, somos capaces de reconocer, o de anticipar, de manera muy prosaica, el “costo” que tendría sobre nuestras vidas una intervención pública cualquiera.

En otras palabras, la sociología creó un espacio de acción particular, que con mucha frecuencia se opuso a una voluntad de solidaridad y de movilización clásicas. La toma de conciencia creciente de nuestros límites de intervención sobre el mundo social, en gran medida gracias a los conocimientos producidos por la sociología en la percepción de los diferentes riesgos sociales, vuelca en parte las estrategias de impugnación hacia lógicas más ancladas en la protección. Como las causalidades últimas son demasiado lejanas, los actores, más

o menos ayudados en esto por los conocimientos sociológicos, su vulgarización o su perversión, tienen tendencia a desarrollar una serie de estrategias para ponerse a resguardo del mundo, transfiriendo a otros los riesgos de la vida moderna.

Por otra parte, esta metástasis de la denuncia coincidió con una modificación del modo de intervención de los sociólogos en el espacio público. A un modelo tradicional identificado con el intelectual crítico que enuncia el sentido de los acontecimientos vino a añadirse otro, propio de las ciencias sociales, que escucha los murmullos de la gente. En el primero, los intelectuales, en función de la legitimidad adquirida en su campo científico y de sus oportunidades de intervención en las redes mediáticas, enuncian el sentido de los acontecimientos, que “forman” la opinión pública, apuntando así con su mirada a acompañar la voz de los movimientos. En el segundo escuchan, y aportan entonces en sus intervenciones públicas las técnicas de investigación propias de las ciencias sociales; ellos escuchan, porque saben escuchar, en empatía con el sufrimiento de los otros. En el primero se legitiman, como siempre, mediante un desplazamiento solapado del aura intelectual del campo científico a la escena política. En el segundo se legitiman mediante la transferencia de su habilidad profesional, de sus competencias de expertos en un campo determinado, sobre la escena pública.

Tendencialmente, lo que se impone es la última actitud. Los sociólogos no dejan de validar de manera creciente sus tomas de posiciones políticas a través de una apelación a los resultados más o menos directos de sus investigaciones. De este modo, se trata de presentarse, si no realmente como un portavoz, por lo menos como un intérprete fiel de las dificultades de la gente de abajo. Por cierto, la figura del intelectual tradicional, que domina los acontecimientos sociales a través del discurso de un relato estereotipado sobre el sentido de la historia, no es de lamentar, pero esa tendencia a legitimar su propia posición con ayuda de un conocimiento científico metodológicamente obtenido es cuanto menos limitada.

Si la escucha es la virtud profesional mayor de un sociólogo, constituye en cambio una estrategia muy restringida de toma de posición política. No se cambia una sociedad permaneciendo a su escucha. Sin duda, legítimamente es posible definir –y es un camino muy sabio–

las fronteras de la responsabilidad profesional en la escucha y la producción de conocimientos verosímiles. Pero entonces es preciso ser conscientes del hecho de que esos “diagnósticos”, por críticos que sean, de ningún modo pueden hacer las veces de “proyectos”.

Estas situaciones, empero, por anecdóticas que parezcan, no deben obstruir la conclusión que se impone. Hay que apartar de entrada posiciones extremas que, so pretexto de crítica radical, impugnan, en nombre de un nihilismo intelectual estéril, toda validez crítica al conocimiento sociológico. En muchos campos de la vida social sería posible mostrar hasta qué punto influye en forma duradera en las prácticas sociales. Por tanto, de ningún modo se trata de cuestionar una vez más la idea, tan consustancial a cierta representación de la modernidad, del papel liberador de la razón en la historia humana. En cambio, hay que tomar debida nota de que la acción social no es la hija pródiga del conocimiento, por crítica que sea. Idea simple y evidente, dista mucho de ser una revelación contemporánea; jamás fue totalmente ignorada. Y sin embargo, las dudas estaban como aplastadas por la confianza que una buena parte de los sociólogos, más o menos inmediatamente, ponía por un lado en el saber, por el otro en los beneficios de la opinión pública. Inclusive en las versiones más reflexivas y autocríticas, la sociología sólo encara de manera muy marginal los perjuicios posibles del conocimiento sobre la acción, porque, a pesar de todo, sigue adhiriendo a una imagen de la emancipación asociada de manera muy ingenua con el pasaje de formas sociales mistificadas a la verdad.

Desafío

El cuestionamiento de la relación considerada en lo inmediato como universalmente positiva entre el saber sociológico y la acción emancipadora remite a dificultades de diferentes naturalezas. En la raíz, el origen es de índole epistemológica: la sociología debe ofrecer una interpretación mejor, o por lo menos, siempre una interpretación “diferente” del comportamiento social que, sin embargo, en

alguna parte, un poco, debe ser cercana a los actores sociales. El conocimiento sociológico es una alteridad familiar. De este modo, siempre corre el riesgo de conocer dos formas de degradación. Por un lado, construcciones demasiado alejadas de la práctica real de los actores pueden entonces resultar incapaces de inspirar una renovación de las prácticas sociales. Por el otro, y exactamente a la inversa, los conocimientos no sólo no parecen aportar nada a los actores, sino que, demasiado cercanos a ellos, terminan dando vueltas, produciéndose y repitiéndose las mismas observaciones con varias décadas de intervalo.

Pero estas dificultades, y precisamente sobre eso vamos a detenernos, también proceden de las modificaciones localizables por el lado de la dominación social. Durante mucho tiempo el punto nodal del proceder sociológico, y no ya solamente de la postura del intelectual crítico, fue mostrar los conflictos detrás del orden. Entonces la postura fue criticar las imágenes de una modernidad conquistadora que se identificaba con el progreso y con la confiscación por las elites del monopolio de la razón. La sociología, mucho más y con mucha más fuerza que otras disciplinas, supo mostrar la parte de dominación que implicaba ese proceso, pero sobre todo hasta qué punto la explotación y la alienación eran inherentes a las sociedades industriales de clases. Más allá, entonces, de tomas de posición políticas personales, esa actitud crítica le era casi consustancial, a tal punto supo mostrar las situaciones de incertidumbre detrás de la supuesta racionalidad de las organizaciones [Crozier, 1963], y los conflictos de clase detrás de los valores de una sociedad [Touraine, 1973]. En pocas palabras, detrás de la opacidad de los procesos, encontrar a un responsable. El orden social aparecía como una evidencia y el conflicto, como una realidad mucho más frágil y “oculta”, o como una realidad que participaba en su mantenimiento.

En la historia del pensamiento sociológico, y a despecho del cambio de lenguaje, sin duda alguna es la fórmula de Marx del pasaje de la “apariencia” a la “esencia” la que mejor sintetizó esta voluntad crítica. Sin embargo, al respecto, hoy en día nuestras sociedades, en el nivel de sus representaciones, tienen que habérselas menos con el orden y el fijismo de las formas sociales que con el “desorden”. Piénsese en la representación liberal de la sociedad de mer-

cado (donde todo se mueve), en ciertas imágenes de la globalización (donde todo está desregulado), en cierta representación de la sociedad (donde todo es un asunto de redes), o incluso en una representación de la exclusión como una fatalidad (puesto que no hay ya un adversario social identificable), una buena cantidad de nuestras representaciones sociales requiere una renovación de nuestras competencias críticas.

En un contexto de este tipo, la postura crítica debe modificarse. Por una parte, debe enfrentar las consecuencias de la ausencia de una ideología dominante, deshacerse entonces de lo que fue y sigue siendo a menudo su pretensión mayor, descubrir las relaciones de dominación “detrás” de la apariencia de los acontecimientos. En adelante, debe decidirse a extraer todas las consecuencias de una dominación que se abstiene de la imposición de una visión global del mundo [Abercrombie, Hill, Turner, 1980]. A menudo, ya no se trata de denunciar prácticas ocultas de dominación, sino de encontrar un sentido a situaciones cada vez más transparentes, donde en ocasiones, pues, inclusive cuando los anima una comprensión de los fenómenos, los individuos tienen la experiencia de una pérdida existencial de la que se sienten mucho más las víctimas que los actores. Por otra parte, la postura crítica debe reconocer modificaciones en el seno de la larga tradición de una actitud que apunta a permitir que los actores tengan una mejor comprensión del mundo. Para ello debe hacer algo más que esforzarse por clarificar los principios de justicia que se ponen en marcha en las críticas sociales o en las justificaciones de los actores [Boltanski, Thévenot, 1991]. Debe participar, más activamente que en el pasado, en la producción de una solidaridad de un nuevo tipo que, precisamente porque las coerciones sociales actúan más a la distancia, exige un aumento de imaginación en la conexión de actores alejados y sin embargo ubicados en un mismo eje de dominación.

La sociología, en su vocación crítica, debe romper con la pretensión de un trabajo de imputación global, porque los aspectos de la dominación, en adelante, son demasiado diversos para ser reducidos a una perspectiva única. Por cierto, en muchos campos restringidos, una conexión de este tipo siempre está presente, pero ya no permite dar cuenta de todos los efectos colaterales en actividad, de la plurali-

dad de las responsabilidades en acción. Precisamente por eso, al interpretar esas situaciones exclusivamente como relaciones sociales que no pudieron comprometerse como tales, y que apelan a una conflictualización, se corre el riesgo de dejar escapar una parte del problema. Descuidarlo conduce a un trabajo crítico insuficiente. Con frecuencia –a lo sumo con ayuda del saber social– el actor logra –pero a menudo fuera de toda posibilidad de acción– forjarse una representación más amplia de las causalidades puestas en acción, que entonces hacen las veces de estructuración más o menos imaginaria de una relación social ausente. Pero el actor sigue estando tanto más replegado sobre sí mismo en la medida en que los desafíos le parecen fuera de su alcance. La relación del sociólogo con el actor no puede, entonces, traducirse casi inevitablemente por diversas formas de decepción práctica, puesto que los actores, en el mismo momento en que “comprenden” su situación, están como bajo el efecto de un engranaje de relaciones sociales, persuadidos de que no lograrán modificarlos. Aquí, la lucidez, el hecho de poner en forma de intriga y de relato las causalidades de la propia desdicha, con mucha frecuencia van a ir de la mano con la toma de conciencia, paradójicamente, del cierre práctico de los horizontes. En ocasiones el actor se frustra tanto más cuanto que se ha vuelto consciente de la situación. La toma de conciencia no libera, no conduce a la acción colectiva, pero se traduce en una amargura. Confesémoslo: en esas situaciones, el conocimiento sociológico es lo que, extrañamente, permite el pasaje de la fatalidad al resentimiento.

En el momento en que las interconexiones se generalizan, las situaciones de vida tienden a separarse analíticamente. A menudo el mundo aparece, en el imaginario contemporáneo, al mismo tiempo como cada vez más integrado prácticamente y cada vez más analíticamente opaco y desunido. Por lo demás, la capacidad de compromiso a distancia en asuntos políticamente distantes, que se convierte en una exigencia ciudadana indispensable en el mundo de hoy, se resiente mucho por esta situación [Bauman, 1993]. Para restaurarla, cualesquiera que sean las posibilidades de análisis universitario en términos de explicaciones causales, es preciso mostrar en mayor medida la proximidad de las pruebas a que se enfrentan los individuos. La postura crítica debe permitir que el actor comprenda en términos so-

ciales situaciones que tendía a vivir como personales, como los estudios feministas –mucho mejor que otros– supieron mostrarlo desde hace años. Así, el objetivo es llegar a socializar esas pruebas, quitándoles una parte de su carga negativa, logrando incluso que dominaciones ordinarias que hoy en día tienden demasiado naturalmente a psicologizarse sean resocializadas, en parte gracias al conocimiento sociológico.

La sociología, en su vocación crítica, puede participar en ese trabajo modificando un poco sus relatos analíticos para dar cuenta de la similitud de los estados y las pruebas de dominación entre grupos sociales ubicados, sin embargo, en universos sociales distantes y muy diferentes en apariencia [Martuccelli, 2001]. Si se demora en el develamiento de las causas, de la “esencia” de la dominación, la sociología crítica abandona el nuevo desafío. A saber, la producción del sentimiento de semejanza, a falta del cual la solidaridad no es posible. Por cierto, ese trabajo no desemboca supuestamente ya en forma directa, como lo predicaba antaño la crítica, en un excedente de acción. Y no es el único ni el principal atributo de la sociología. Pero debe tomar debida nota de que la toma de conciencia en adelante pasa no tanto por un despertar crítico como por una preocupación de comunicación de las desdichas. Para ello, no basta ya con mostrar las interdependencias estructurales. El reconocimiento del sufrimiento del otro permanece difuso porque es alimentado por el sentimiento de que demasiadas cosas nos separan de él.

La sociología jamás se confunde con la postura crítica, porque sus exigencias insoslayables de verosimilitud y de rigor la alejan de ella. Pero los límites crecientes de una posición que hace derivar inmediatamente la verdad crítica de la verdad científica invitan a un nuevo examen de la complicación actual de sus relaciones. De ser necesaria, la solidaridad no será un producto del reconocimiento de la sola humanidad del otro. A la inversa, pasa por la capacidad de la postura crítica de establecer una relación social y subjetiva entre situaciones de vida, a despecho de las cercanías y a pesar de las distancias a la vez. Los sociólogos, al tiempo que respetan sus exigencias disciplinarias, deben integrar esa nueva necesidad crítica cuando definen sus problemas, cuando dan forma a sus resultados. Así, en un único y mismo movimiento, es preciso afirmar la diferencia entre la sociología y la

postura crítica y a la vez reconocer el nuevo horizonte de intercambios en el que entraron sus relaciones. En esta situación, la sociología tiene más de una cosa por aprender de la imaginación narrativa puesta en práctica en la postura crítica, y requiere más modestia en sus capacidades para informar la acción.